

LA INTRIGA



O pudiendo el Campeador conducir los ejércitos castellano-leoneses, el mismo rey se pone al frente de ellos y parte a Andalucía.

Los moros fronterizos, al ver pasar los ejércitos hacia el sur, no tardan en decidirse a aprovechar las circunstancias, sabiendo que Castilla y León quedan sin tropas, e invaden el reino de Alfonso, devastándolo todo a su paso. Los atrevidos llegaron hasta poner sitio al castillo de Gormaz.

Una mañana llevan la noticia al Cid de lo que está pasando. El Cid, convaleciente aún, siente batir ardiendo las alas de su corazón, pide le pasen sus armaduras y hace ensillar a Babiaca, mientras envía emisarios a buscarle hombres, para salir contra los moros.

Apenas reúne unos cuantos centenares de soldados se lanza al campo. Más que su ejército, su nombre pone en fuga a los moros. Nadie se atreve a presentarle batalla, y después de unas cuantas escaramuzas, los bandos enemigos huyen por todos lados como manadas de búfalos.

Persiguiendo a los moros el Campeador se mete en sus tierras, llega a Toledo haciendo en el campo enemigo

V. HUIDOBRO

lo que ellos habían hecho en Castilla: destruir y arrasar.

Siete mil cautivos se lleva el Cid, siete mil entre hombres y mujeres.

Es un gran triunfo; pero (hay peros en los triunfos) el Campeador ha atacado a Toledo, con cuyo rey tenía pacto el rey Alfonso desde los tiempos en que vivió refugiado en aquella corte.

Alfonso VI, al volver a Castilla y saber que el Cid ha devastado durante su ausencia y sin su permiso, el reino de Toledo, se enfurece contra él.

No pierden los enemigos del Cid semejante oportunidad de malquistarlo con el rey. García Ordóñez, colgado como mono de las orejas del monarca, sabe mejor que ninguno destilar las palabras del odio.

El buen conde no olvida. Aun le escuecen las barbas, y las frases que salen de entre ellas salen enrojecidas como mechones sangrientos.

—Señor—dice—, Ruy Díaz, que quebrantó los pactos que vos habíais firmado con Alí Maimón cuando éste os dió asilo en Toledo, no lo hizo sino para que os matasen a vos y nos matasen a todos vuestros familiares.

Otra voz cortesana agrega:

—Ruy Díaz quiere mandar más que vos y haceros romper vuestras alianzas a su antojo. No olvida que os hizo prisionero después de Golpejares.

Y luego otra:

—Si no le castigáis y no le hacéis sentir vuestro poder, su orgullo le montará sobre vuestra corona. Ya el atrevimiento de la jura que os tomó sobre razón de la muerte del rey don Sancho, no ha tenido castigo suficiente; si ahora le dejáis impune se sentirá más fuerte que vos.

Brillan de cólera los ojos del rey. ¡Qué brillos arranca la ira a las miradas humanas!

¡Y cómo resbalan insinuantes las palabras de la envidia!

La jura de Santa Gadea, el aprisionamiento de Golpejares, la supuesta insumisión y rebeldía del Cid ante su rey, todo esto se amalgama en el fondo del alma de Alfonso, todo se revuelve y despierta otra vez el rencor dormido.

¡Qué escala de malas pasiones y bajas insidias se ponen en juego para aplastar al gigante que oscurece demasiado con su sombra de gigantel

El odio, la envidia, el rencor vienen a desembocar como ríos cenagosos en una orden de destierro, en una carta en que el rey emplaza al Cid para que salga de su reino en nueve días.

Esta carta no se conoce; el Cid, después de haberla leído con los ojos húmedos de emoción, la echó al fuego para salvar ante la posteridad la memoria de su rey.

Suprema hidalguía del ofendido hacia la persona del ofensor.